

sores de todos los que os escuchan, tales os constituyen los efectos de la negra murmuracion. Ea, pues, murmuradores que me escuchais, tomad hoy para vosotros el consejo que daba San Gregorio, de evitar toda ocasion de pecar contra la caridad. Formemos hoy y para siempre una resolucion de respetar el honor de nuestros hermanos; sin juzgar á nadie, juzguémonos á nosotros mismos. Poned, pues, vos mismo Señor un freno de verdad en mi boca, y que mis labios no profieran sino palabras de equidad y justicia. No permitais que esta lengua destinada para cantar eternamente vuestras alabanzas, y que se ha santificado con el tacto de vuestro cuerpo adorable, se profane con discursos contrarios á la caridad. No, Señor, mediante vuestra gracia, yo no la emplearé sino en glorificaros sobre la tierra, para conseguir glorificaros eternamente en el cielo.

S E R M O N

PARA EL MIERCOLES DE LA TERCERA SEMANA
DE CUARESMA.

IDEA. LA VERDADERA Y LA FALSA PIEDAD.

*Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum
longè est à me (Matth. 15. v. 8).*

Contra la piedad que tantas veces excitó la ira de Jesucristo, y que hemos heredado de los

Fariseos, vengo á declamar justamente. Hoy intento quitar el velo á esa piedad supersticiosa y del todo exterior, que pasó en parte de la Sinagoga á la Iglesia. Tambien daré instrucciones santas, sobre la piedad que deben ejercer los cristianos; en efecto, ¿por qué se ha de permitir en la Iglesia del Señor esa levadura de Fariseos, sin decir siquiera á los hijos de Dios: tened cuidado porque el mal está en medio de vosotros? ved, pues, todo mi discurso: nada hay mas opuesto al espíritu del Evangelio, que la falsa devocion: *primera parte.* Nada es mas injusto que las consecuencias que se sacan de esta devocion engañosa: *segunda parte.* Tener el nombre de Dios en la boca, y no amarle de corazon, este es el crimen de los Fariseos, y el vicio de muchos cristianos, opuesto al espíritu del Evangelio, que es un espíritu de verdad, de libertad, y de humildad.

PRIMERA PARTE.

Dios es espíritu, y es preciso que los que le tributan culto, le adoren en espíritu y verdad: esto es, que el culto que se le ofrezca sea sincero é interior, que excluya toda doblez, toda mentira, toda hipocresía: esto consiste principalmente en las disposiciones del corazon; pues segun la Santa Escritura, del corazon salen los adulterios, los homicidios y los malos deseos. Con el corazon honramos á Dios ó le ofendemos; el corazon es el que mancha al hombre ó le santifica; y de estos principios ¿qué debemos inferir? que la de-

vocion para ser verdadera, ha de residir en el corazon. Quien dice un hombre piadoso, dice un hombre de corazon, segun la expresion de San Pedro. En el corazon habita Dios, y en él reina por su amor.

Si bastase la adoracion exterior sola, si para agradar á Dios solo fuese preciso obrar, no hay duda que Cain hubiese agrado á Dios como Abel, pues ambos ofrecieron sacrificios; Coré seria elegido como Aaron, pues ambos quemaron un mismo incienso; Saul hubiera sido absuelto como David, pues ambos tenian un mismo lenguaje. ¿Para qué mostró el Señor su preferencia á las víctimas de Abel, al incienso de Aaron, y á los gemidos de David? por la secreta disposicion de los sacrificadores. Tan cierto es que por la intencion del corazon, y no por el cuerpo de la obra, se debe juzgar del mérito de la virtud, y de la solidez de la piedad. Sabemos que Dios en la Escritura, no nos pide otra cosa mas que nuestro corazon. Sabemos que le mandó á Moisés que hiciese dorar el Arca antes por dentro que por fuera.

¿Cómo pensaremos, pues, de esos cristianos que unidos juntamente solo componen á lo mas un judaismo debilitado, sin que en su devocion se perciba otra cosa que señales y gestos? verdaderos Fariseos, abandonan lo principal por correr tras lo accesorio, su devocion no es otra cosa que un círculo de ejercicios exteriores, buenos, loables y edificantes, si quereis que así sean, pero vanos, inútiles y criminales; ¿y por qué? porque están vacíos de Dios; porque el corazon no

tiene parte en ellos; porque carecen del espíritu de la verdadera piedad, y porque no se dirigen á la reformacion de las costumbres.

No quiero yo decir que todo el culto exterior sea por sí mismo culpable, ni que sea absolutamente inútil, ni tampoco que se deba omitir. Yo sé que hay en la Religion varias oraciones, ritos y ceremonias, instituidas para glorificar á Dios, con las cuales efectivamente es glorificado; lo que yo afirmo es, que Dios no se dá por servido de todo esto sino en cuanto el espíritu tiene parte, y que sin esta mira interior de Dios, y sin esta direccion de espíritu hácia Dios, nada le es acepto, pues nada hay en todo esto que sea proporcionado á su ser, que segun la razon queda el mismo Salvador de los hombres, Dios es espíritu puro, y por consiguiente el culto que le conviene es un culto espiritual; y así el que no le rinde este culto interior, aunque haga todo lo demás, no le adorará en verdad, sino solo en la apariencia.

La desgracia es, que comunmente nuestra piedad, como la de los Fariseos, solo se funda en lo exterior, y solo procuramos una bella superficie de Religion: Religion en el rostro por un aire de reforma: Religion en los labios por una multitud de oraciones vocales: Religion en los libros de piedad: Religion en las pinturas devotas: Religion en conferencias continuas: Religion en confesiones reiteradas: Religion en comuniones frecuentes: Religion en casi todo, menos en el corazon; así puede decirse que se ha introducido en nosotros una especie de judaismo, que

cuidamos mas de multiplicar nuestras obras, que de arreglar nuestras pasiones, y de componer lo exterior que de purificar lo interior. Ojalá no fuese así.

El espíritu de libertad del Evangelio, es el carácter de la nueva ley. Cuando todavía eramos niños, dice San Pablo, estábamos sujetos á las primeras y mas groseras instrucciones, que Dios habia dado al mundo; pero luego que se cumplió el tiempo señalado, envió Dios á su hijo nacido de una muger, y sujeto á la ley, para hacernos hijos de adopción. ¿Qué es lo que aquí nos quiere enseñar el Apóstol? Que ya no debemos conducirnos por una especie de servidumbre y temor, sino por una especie de amor; que libres ya del yugo de la ley mosaica, y sometidos á la ley de gracia, no debemos sujetarnos á esas observaciones legales, ni á esas prácticas defectuosas é inútiles; y finalmente, que solo debemos temer el pecado, y buscar la santificación de nuestras almas.

La falsa piedad nos arrebató la libertad preciosa que nos adquirió Jesucristo. Ella renueva el espíritu del judaismo y servidumbre: agrava el yugo, porque multiplica las prácticas, y no disminuye la concupiscencia: ella nos hace tímidos y supersticiosos, sin hacernos virtuosos ni santos. Uno multiplica sus obras, y se carga de ejercicios de supererogación; pero no cuida de reprimir su lengua, ni de conservar la caridad con sus prójimos: aquel es muy exacto en las obligaciones de justicia; pero no deja de conservar una amistad culpable: otro hace grandes limosnas al

mismo tiempo que engaña á sus acreedores: aquel es muy caritativo con los extraños, y deja perecer á sus miserables deudos. Cada uno se forja una devoción á la moda, sin que cueste ninguna violencia á sus inclinaciones. Guíaos, pues, os diré con el Apóstol, según el espíritu, y no hagais según la carne.

Ninguno es mas grande, dice el Sabio, que el que teme al Señor; todos lo confiesan. ¿Pero en dónde están, direis, los hombres de una piedad tan notoria y tan sólida? ¿Me preguntais en dónde están? Muchas veces se hallará en casa del artesano, de un hombre desconocido, de una pobre muger, mas humildad, mas moderación y mas rectitud de conciencia, que entre las gentes que hacen profesión de devotas. El que no quiera apartarse de las sendas de la justicia, debe desconfiar de sí propio, examinar atentamente sus obras, sus motivos, y las mas secretas disposiciones del corazón; discernir lo que en su piedad hay de humano y terrestre, y trabajar en adquirir el espíritu de verdad, de libertad y de humildad, que es el verdadero carácter de la nueva ley.

La pasión dominante de los Fariseos, según los Evangelistas, se reducía principalmente á dos cosas: querían ser honrados, y á pesar de las austeridades que aparentaban, querían gozar de todas las comodidades de la vida. Y para esto ¿qué hacían? todo lo que los Santos practicaban por un principio de verdadera piedad: vivían retirados, pasaban los días y noches en el templo, se ejercitaban en largas oraciones, sus conversaciones

nes siempre eran de penitencia, gemian sin cesar sobre la perversidad de su siglo; ¿y qué efectos causaba todo esto? los mismos que se han visto en las edades siguientes. El pueblo, fácil de engañarse, concebía en su favor gran veneración; muchas mugeres piadosas, equivocando aquella devoción, los elegían por sus directores, y aun por administradores de sus bienes. Así adquirían un crédito que les hacía dueños de todo; gobernaban las familias, disponían de las casas, y en las calles públicas les hacían toda suerte de honores.

¿Y cuál era la causa de todo esto? la idea que se tenía de su piedad. Ved aquí el fruto de vuestras oraciones, les decía Jesucristo, el fruto de esas oraciones venales que tantas veces repetís, y tanto tiempo prolongáis. Ved aquí, dice San Marcos, el origen de su poder y de su opulencia. Estos son los abusos que me propuse extirpar en mi primera parte. Voy ahora á favor de los verdaderos devotos.

SEGUNDA PARTE.

¿Quién os ha dicho que son falsos devotos aquellos, cuya piedad desacreditáis á causa de algunos defectos? La Iglesia misma no se atreve á juzgar del interior del hombre, ¿y vosotros pretendéis hacerlo? Concedid, si podeis, la injusticia de tales juicios: en unos se tiene como grandes vicios, lo que en otros se niega como prendas estimables. Si un devoto cuida de sus negocios, es un espíritu interesado; si se conduce con alguna

precaución, es un genio artificioso; si sostiene sus derechos en justicia, es un pleitista; si obsequia á los hombres de grado honorífico, es un adulador y cortesano; si se defiende de la opresión, es vengativo y arrebatado. Todo esto en un hombre indiferente para la virtud, sería mirado como habilidad, vigilancia, prudencia, aplicación necesaria á los negocios de su familia, y á los deberes de su estado; pero en un hombre piadoso todo se convertirá en trampa, avaricia, venganza, engaño y aversión, y exigirán de él lo que no exigen del resto del mundo.

Pero supongamos que haya ilusión en la piedad de algunos; ¿será esta razón para atribuir sus defectos á la misma piedad? Si hay devotos ignorantes, vengativos, duros é inflexibles, ¿es por ventura la piedad quien les inspira tales sentimientos? ¿No les aconseja esta la paciencia, la humildad, el sufrimiento de sus hermanos, el desvío del mundo y de sus falsos intereses? Nada hay mas grande ni mas noble que la piedad arreglada al Evangelio. Ella ilustra el espíritu, eleva el alma, suaviza el mal humor, perfecciona los afectos, y es útil para todo, como dice San Pablo; ella hace á los hombres benignos, civiles, agradables.

Y aun cuando hubiere tantos falsos devotos, como suponen los mundanos, esto no puede justificar sus desórdenes. ¿Quién soy yo, decía San Agustín, cuando fuere tan infeliz que cayere en el pecado? ¿Quién soy yo para induciros á lo mismo con mi ejemplo? ¿Soy yo todo el mundo cristiano, y toda la heredad del hijo de Dios? ¿Soy yo

el hijo de Dios mismo? Si el que os predica la ley es un avaro, dice este Santo Doctor, si es un disoluto, ¿acaso lo es Dios? Dios es quien os predica por su boca, acusadlo si os atreveis: ¡ó infelices mortales! ¡hombres verdaderamente miserables, que os arreglais á lo que hacen los hombres, y olvidais lo que ha hecho y hace vuestro Dios! Ahora bien: vosotros no hallais en este siglo persona que os pueda servir de modelo en la virtud, todo os parece sospechoso y de mala fe. ¿Pero vuestro Salvador es pecador? ¿malogró sus trabajos y su sangre, cuando descendió á la tierra para ser vuestro modelo?

¿Ignorais la noble y dilatada posteridad de santos y de mártires de todas edades, que han autorizado sus ejemplos, y que han conservado hasta nuestros tiempos la verdad de la ley? En esto es donde debéis poner los ojos: decís que no hallais persona que viva bien; ¿pero cómo podeis hallarla, responde San Agustin, si vosotros no vivís bien? Vosotros, por ejemplo, no podeis juzgar, cómo el que hace profesion de austeridad, de piedad y continencia, pueda ser fiel á los deberes de su estado. ¿Y pensais que el creer que ninguno es casto, y que ninguno cree en Dios, no es acusaros á vosotros mismos de impíos y deshonestos?

Gracias á la misericordia de Dios, que todavía hay almas escogidas, cuya piedad honra á la Religion, y cuya vida es un fiel retrato del Evangelio. En su piedad nada hay de humano ni de terrestre; todo es grande, noble, sólido, digno de Dios y de la santidad de su ley. Ocupadas úni-

camente en su salvacion, ilustradas por los caminos que conducen á ella, delicadas sin escrúpulos, y cristianas sin ostentacion, se las ve conservar el misterio de la fe con una conciencia pura; alejarse igualmente de la supersticion de los judíos, y de la falsa libertad de los mundanos; enlazar los deberes de la sociedad con los de la Religion; la fidelidad á las obligaciones de su estado con la práctica de las buenas obras; y forzar á los hombres mas injustos á la admiracion, que no se puede rehusar á la virtud. Estos ejemplos son raros; pero por mas raros que sean ¿no bastan para que confeseis que la verdadera piedad no está desterrada del mundo?

Toda la indignacion que habeis concebido contra los falsos devotos, volvedla contra vosotros mismos; decid lo que Jesucristo decia á los falsos zelosos que reclamaban la severidad de la ley contra la muger adúltera, y querian que fuese apedreada: *aquel de vosotros que no tenga pecado, tire la primera piedra*: porque al fin, vosotros, que os mostrais tan atentos en separar la inocencia de la verdadera hipocresía, juzgaos á vosotros mismos antes de condenar á vuestros hermanos, y confesad ahora, ¿á qué se reduce todo vuestro cristianismo? á cierta rectitud que os hace enemigos de toda injusticia. Yo os lo concedo; pero ¿qué viene á ser delante de Dios esa probidad moral? una fantasma de virtud que desaparece á los ojos de la fe, un árbol infructuoso que solo lleva hojas, un título vacío con que se adorna el humano orgullo, y del que se sirve para asegurarse contra los remordimientos de la conciencia.

¿Y sereis juzgados por estas reglas de probidad, ó por las del Evangelio? ¿Qué os aprovechará en el juicio haber sido hombres de bien segun el mundo, si jamás fuisteis cristianos? Por otra parte, os lisonjeais de esa probidad: el mundo tambien os adula; ¿pero acaso son sus juicios arreglados? Nuestro siglo ¿no concede con la mayor facilidad el título de hombre de bien? consultad vuestra conciencia, y vereis como su testimonio es muy contrario.

Convenimos con vosotros, mundanos, en que los hipócritas y falsos devotos se encubren alguna vez con la máscara de la piedad: la Iglesia lo llora; ¿pero quién os ha revelado el interior de vuestro prójimo, para desacreditarle como lo haceis? ¿Quién os ha descubierto los secretos del corazón humano tan desconocidos? ¿Quién os ha permitido penetrar la conducta de otro? ¿Quién sois vosotros para condenar al siervo del Señor? ¿acaso condenareis al que Dios justifica? ¿No trató el mundo como á seductor y sedicioso, como enemigo de Dios y del César, al autor de él, la paz y la inocencia? La muger pecadora ¿no era ya penitente cuando el Fariseo la acusaba? Los ayunos de David, ¿no servian de materia á las bufonadas de su tiempo? ¡Ay cristianos! medita bien estas verdades, y aprended los caracteres de la verdadera devoción, y las notas de la falsa piedad, que ha sido todo mi objeto en este discurso.

El conoceros, Señor, decia en otro tiempo Salomon, es el origen de la inmortalidad: esta es la sola ciencia de que el hombre debe gloriarse.

Esto es la vida eterna, decia el Salvador. Pero no obstante, decia Jesucristo á su Padre: ¡ó Dios de justicia y de verdad! el mundo no os conoce; dejese pues en paz á los que os sirven. Y vosotros, cristianos religiosos, que gustais la felicidad de este santo estado, de esta vida santa, decid á Jesucristo con un corazón lleno de agradecimiento: yo os doy gracias, ó Padre mio; yo os bendigo, porque no soy de aquellos falsos sabios á quienes habeis ocultado vuestras verdades, sino de los simples y pequeños á quienes las habeis revelado.

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA TERCERA SEMANA
DE CUARESMA.

IDEA. NADA HAY MAS INDUSTRIOSO PARA SALVAR AL HOMBRE QUE LA GRACIA.

NADA HAY MAS INDUSTRIOSO QUE EL HOMBRE PARA PERDERSE.

Aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam (Joan. 4. v. 14.).

Es una verdad que las Escrituras nos demuestran, y los Santos Padres nos confirman, que Dios siempre lleno de misericordia, cuando quiere atraernos á sí, toma todo género de formas; ya de suplicante que lleno de dulzura nos dice: hijo mio, dame tu corazón; ya de un rico negociante, que para ganarse nuestros corazones vende á este fin toda su hacienda; ya